

de Armañac, el mejor amigo del marqués; y un imperdible, y un lazo que adornó el zapato de un niño, procedentes ambos objetos de la esposa y del hijo de su íntimo Jacobo; de Blanca y de Bernardo de Armañac respectivamente.

Con verdadera unción, con piedad y con respeto besó el marqués una tras otra aquellas pobres reliquias, y luego, decidido, colocó el mechón de cabellos entre los dedos abiertos de Glorieta, preguntándole al mismo tiempo:

— ¿Ves?

La muda contestó:

— Sí: veo.

## XVI

## LAS PROPOSICIONES DE CATALINA

Jacobo de Villanueva-Marsan esperaba tal respuesta; sin embargo, se estremeció al oírla. Haciendo un esfuerzo para reprimir su emoción continuó:

— ¿Qué es lo que ves?

— Esperad... Veo algo así como un castillo... Una recia muralla que protege una construcción antigua, la cual se alza en un promontorio que parece avanzar para asomarse á ver un río que corre más abajo... Una escalera conduce á una capilla...

— ¡Bonaguil! — murmuró el marqués. — ¡Es asombroso! Esta niña no ha visto jamás el castillo, con seguridad, y sin embargo lo describe...

La vidente continuaba:

— Junto á la capilla hay un castillejo rodeado de gran jardín...

— Entra en él.

— Ya estoy... Un viejo se pasea en la galería exte-

rior, con la cabeza baja... está solo... No hay nadie más en la casa. ¡Sí! allá en el fondo, en un oratorio y arrodillada ante un retrato, una mujer enlutada llora y reza...

— ¡María! — balbuceó el prisionero, enjugando las gruesas gotas de sudor que brotaban en su frente.

— ¿Y ese retrato?... — preguntó.

— Es el del prisionero de mi padre.

Una lágrima tembló en cada párpado del gran marqués. Enjugólas con el dorso de las manos, y continuó escuchando ansioso lo que decía Glorieta.

— ¿Qué hermoso jardín! ¡Y qué grande! Una joven de mi edad... está sola... es morena y se parece á la dama...

El marqués la reconoció sin duda.

— ¡Solange! mi pobre Solange! — murmuró. — Parece pensativa... Y creo reconocerla...

— ¡Es imposible! — exclamó el marqués con violencia. — La hija de María no frecuenta el trato de los bohemios...

Así diciendo tomó el mechón de cabellos y en lugar del mismo puso entre los dedos de Glorieta el sonajero de marfil.

La muda continuó :

— Sí, con seguridad debo conocerla.

— ¿A quién?

— A la morenita del jardín...

El marqués se enfurecía.

— ¡Repito que es imposible! Y que me harás dudar de mi ciencia... Pero ¿cómo es que puede verla toda-

via? ¡Ah, vamos! Por la cinta de seda rosa que era la suya...

Con febril ademán, desanudó una de las cintas que adornaban el sonajero dejando tan sólo en él la de color azul.

— Ahora, dime dónde está Genoveva... si es que vive.

Hubo un silencio de algunos segundos durante los cuales las venas de la frente de la niña parecían incharse bajo el esfuerzo de las ideas. Luego, la hija de Pedro Mirot, pronunció con lentitud estas palabras :

— Es rubia... su nombre no es su nombre... sufre sin quejarse y ama sin que pueda decirlo...

— ¿Dónde está? — preguntó el marqués.

— En un castillo, ciudadela y cárcel, con su padre, que no es su padre... Cerca de un extraño que no es un extraño para ella y que la busca teniéndola á su lado...

— ¡Explicáte! ¡Explicáte mejor!

— No puedo.

— Pues yo lo quiero!

Devorado por la impaciencia, ávido de saber dónde se hallaba su hija Genoveva, el prisionero magnetizador hizo algunos pases rápidos cargando á la vidente de flúido. Y la pobre víctima jadeante, agotadas las fuerzas, inclinaba la cabeza al sentir el choque de aquella dominante voluntad, y retorcia sus manos repitiendo quejumbrosa :

— ¡Gracia, por piedad! ¡No puedo más!

Posible es que el marqués, dominado por una idea fija, hubiese persistido en su brutal aunque comprensible deseo de saber de su hija robada; afortunada-

mente para todos resonaron en aquel momento pasos en la escalera, y el preso se apresuró á esconder sus recuerdos en el saco de piel guardándolo enseguida. Luego colocó las palmas de sus manos en las de la muchacha y le sopló en la frente.

La muda se despertó de pronto mirando con sorpresa en torno suyo.

Ya era tiempo. Pedro Mirot abrió la puerta produciendo al hacerlo gran ruido de llaves.

— ¿Cómo es eso, señor marqués? — dijo al entrar — ¿hablabais solo? Figuraos que me pareció oír, al llegar allí cerca, una voz de mujer...

El preso no contestó. Disimulando lo mejor que pudo la angustia horrible que le dominaba, esperó. ¿Habría Glorieta?... En este caso, ¡adiós la teoría científica de la duplicidad de la personalidad! ¡Qué desastre!... Pero no sucedió así. La niña conservaba su actitud tranquila de siempre, como si nada comprendiera. Solo el sueño magnético debía desatar su lengua. Podía estar tranquilo el marqués; su secreto estaba bien guardado; nadie más que él mismo sabría que le era posible producir con solo quererlo, uno de los fenómenos más extraordinarios. Al volver á la vida real, Glorieta recobraba su mudez habitual.

Tranquilo acerca de este particular el gran marqués creyó poder permitirse una bromita para despistar al carcelero.

— ¿Con quién queréis que hable, hombre de Dios? No es ciertamente vuestra hija quien puede sostener un diálogo conmigo. Digo, me parece.

— También á mí — dijo Mirot — su boca está tan cerrada como esta sala. Sin embargo, repito que me pareció oír una voz de mujer... ¡Es extraño!

A partir de aquel día el Señor de Villanueva-Marsan se abstuvo de repetir sus experimentos de magnetismo, tanto por temor de ser sorprendido cuanto por no fatigar á su amiguita, cuyos sufrimientos hubo de observar durante el tiempo que duró el primer ensayo.

Además, ¿qué le hubiera preguntado? Ya estaba tranquilo por lo que respecta á la marquesa y á Solange, refugiadas ambas en Bonaguil. De esto no tenía él duda alguna; constábale el gran poder del magnetismo, la prueba del cual tenía en el fenómeno de la palabra momentáneamente devuelta á la hija del carcelero.

Por otra parte, proponíase estudiar más de cerca á Glorieta y no acometer el problema de su curación hasta hallarse cierto de que le sería posible emplear un remedio eficaz para conseguirla. Mientras llegaba ese día entregóse en absoluto á la instrucción de la niña, cosa en verdad poco cómoda; pero si el profesor hubo de armarse de paciencia y aguzar el ingenio para hacerse comprender, es de justicia consignar aquí que la buena voluntad de la discipula cuya viva inteligencia tuvo ocasión de admirar enseguida, facilitó en gran modo su tarea.

Gracias á las pistolas distribuidas con moderación, porque se iban acabando, á Pedro Mirot, éste no ponía impedimento alguno á la obra pedagógica comenzada

por el marqués dejando á la mudita en su compañía casi de continuo.

Dos años empleó el gran marqués en terminar la instrucción elemental de Glorieta. Al cabo de ese tiempo la joven descifraba la música, tocaba el rabel y la viola, leía todos los caracteres de escritura y escribía ella á su vez con bastante corrección. Esta última circunstancia permitía que el cautivo y su compañera pudiesen dialogar por escrito para lo cual no tenía necesidad de dormirla.

Sin devolverle la palabra, el marqués consiguió que Glorieta pudiera expresarse colgando de su cuello el amuleto de que la vimos servirse en los comienzos de este relato para contestar las preguntas que le hiciera Sed de Amor.

Con su hoja de marfil y su estilete de plomo la linda rubia podía sostener un diálogo con cualquiera, porque la agilidad de sus dedos estaba en razón inversa de la inmovilidad de su lengua. Y esto era ya un gran progreso, un elemento de enorme importancia en la existencia de la joven.

Esta, contenta sí, pero no orgullosa con los conocimientos adquiridos, continuaba con los pies descalzos y vestida del mismo modo, es decir con su traje bohemio de pintoresca y singular policromía. Así queríalo Pedro Mirot, no precisamente por acordarse de la corte de los milagros y de la cofradía en la cual fuera iniciado sino para alegrar con una nota de irónica alegría la tristeza de sus solitarias embriagueces entre los muros sombríos de la torre barragana.

La época del singular profesorado del marqués fué marcada por una particularidad que creemos conveniente consignar aquí.

Hacia algunos años, sin que él mismo supiera cuántos, que la pensión que le pasaba una persona desconocida llegaba hasta él regularmente por diversos conductos que no eran nunca los mismos, y esta circunstancia habíale hecho pensar que su anónimo banquero era sin duda hombre influyente puesto que conseguía franquear los espesos muros y los anchos fosos del castillo de Vincennes.

Y he aquí que, bruscamente, cesaron los envíos de dinero.

El marqués no hizo de ello gran caso siendo como era hombre que no se preocupaba del mañana, acordando tan sólo un recuerdo cariñoso y agradecido al amigo fiel segado tal vez por la muerte ó sorprendido en el desempeño de su caritativa misión por un espía. Esto fué todo.

La muda en cambio tomó la cosa con más calor. Sabíase á su padre de memoria y era para ella indudable que su actitud benévola cambiaría en absoluto en cuanto viese que le faltaba su prebenda.

De aquí que, con rara previsión, y sin hacer caso de las lamentaciones del carcelero, redujese las propinas de éste de modo á hacer durar un año entero la reserva metálica que hubiérase agotado, sin esta precaución en el espacio de seis meses.

Sin embargo, como bolsa de la que se saca de continuo sin meter nada en ella, concluye por vaciarse, su-

cedió que una mañana Glorieta, hecha un mar de lágrimas, se abocó con el gran marqués, mostrándole su hoja de marfil, en la que había escrito estas palabras :

« Señor, mi padre no tiene para bebida, está furioso y temo que haga algo malo... Antes de ayer le dí la última pistola. »

— ¡ La última pistola ! — dijo él levantándose. — ¡ La última ! Este oro misterioso ha durado más de lo que yo esperaba... vamos á ver el fondo del agujero.

Fuese derecho hacia la chimenea y una vez allí desvió un mortero de hierro, hizo caer en el hogar un ladrillo saliente, y hundió la mano en el hueco que quedara al descubierta.

— ¡ Oh, oh ! — dijo retirándola crispada sobre un puñado de oro que arrojó sobre el tablero del hornillo. — Aquí hay algo, pequeña, que te deja por embustera... ¿ Cómo habíamos de quedarnos sin blanca ? Sin duda el señor diablo se ha servido volver esta noche...

Glorieta observó con estupor que en el escondite abundaban en efecto las monedas. ¿ Cómo había podido penetrar hasta allí el misterioso bienhechor con tanta oportunidad, y aprovechando sin duda el momento en que todos dormían ? Misterio es este que no nos detendremos á explicar. Todo lo que podemos decir es que el extraño brujo, demonio ó hechicero, debía continuar prestando este servicio de reposición de fondos en forma misteriosa y de todo punto inaccesible á la comprensión humana.

.....

En la mañana del penúltimo día del mes de Marzo, y sobre poco más ó menos á la hora misma en que el caballero de Arma y su rodrigón Matraca montaban á caballo en Palaiseau para recorrer la última etapa de su viaje á París, disponíase Jacobo de Villanueva-Marsan á calentar un matraz medio lleno de cierto líquido blancuzco cuando precipitándose Glorieta como una tromba en la sala del consejo tendióle con ademán febril su hoja marfileña.

Miróla el preso y fué tan grande su sorpresa que sus manos dejaron escapar el matraz, que se hizo añicos en el suelo.

La sorpresa del marqués estaba justificada. Había leído en efecto en la pizarra de la muda estas palabras extraordinarias : « Señor, un enviado de la reina viene á visitaros ; ahora sube. »

Así era en efecto. Por el lado de la escalera oíase ruido de pasos y de llaves que se entrechocan, dominado por la voz del carcelero que se lamentaba disculpándose en estos términos :

— ¿ Podía yo preveer tal honor señor teniente ? ¿ Y en los momentos en que pensaba concurrir con mi hija á un bautizo en las cercanías de Vaugirard !

— Nadie os impide que vayáis con tal de que las puertas estén bien cerradas ; — contestaba otra voz.

— Pero vuestra presencia aquí...

— ¡ Oh ! esa será corta, tranquilizaos. Pienso abusar lo menos posible de la paciencia del señor marqués...

— Muy bien ; pero el caso es que...

— ¿ Qué ? Acabad.

— Que el prisionero no está en su calabozo — dijo al fin Mirot.

— ¿Cómo es eso? A ver, explicaos.

— El calabozo me parecía insalubre...

— ¿Y lo habéis dejado escapar? — preguntó ansioso el polizonte.

— ¡Ah, no, de ningún modo! Lo que he hecho ha sido instalarlo en la sala del consejo.

El interlocutor de Pedro Mirot soltó en este punto una carcajada.

— Sois un modelo de carceleros, — dijo — y vuestra solicitud, que merece mi aprobación, será causa de que os aumenten vuestro salario. Yo me encargo de ello. Por lo visto poseéis una mano de hierro enguantada de terciopelo.

— Excusad, pero yo no uso guantes...

— Hacéis bien, amigo mío, porque no los encontraríais en el comercio á vuestra medida. Hablaba en sentido figurado. Ahora abridme esa puerta.

El marqués no acertaba á creer el testimonio de sus oídos. ¡Una visita! Iba á recibir una visita, la primera al cabo de diez años, durante cuyo tiempo no había visto más semblantes humanos que los de su guardián y Glorieta, como no había recibido noticias del mundo exterior, hasta el punto de que aún creía que era Carlos IX quien continuaba ocupando el trono de Francia.

Abrióse de pronto la puerta y un hombre de semblante cauteloso y severo traje apareció en el umbral.

Mal impresionado por su presencia, el noble prócer se abstuvo de salir á su encuentro; fué el recién lle-

gado quien avanzó descubriéndose hasta colocarse cerca de la butaca en que habíase sentado el marqués.

— Monseñor, — dijo inclinándose — queréis acordarme una audiencia de pocos minutos?

— Un prisionero, — contestó el marqués altivo — no concede audiencias; tiene por el contrario que soportar la presencia del primer desconocido que quiera imponérsela.

Entre tanto, Pedro Mirot, que buscaba con la vista á su hija para llevársela se decidió, no viéndola, á retirarse solo.

— Cuando deseéis retiraros, — dijo al cerrar la puerta — llamadme; estaré al alcance de vuestra voz.

El visitante, siempre inclinado, continuó:

— Monseñor, la persona que me envía hasta vos es su majestad la reina madre...

El gran marqués que se disponía á señalar un asiento á aquel desconocido detuvo su ademán para decirle:

— Según eso el luto que vestis no es por la italiana.

— ¿El luto?

— Vuestro traje negro.

— Es el que corresponde á mis funciones, señor marqués.

— Pues debisteis empezar por presentaros para que yo sepa el grado de estima en que puedo teneros, — dijo con sequedad el preso.

— Me llamo Gaspar Mouvette y desempeño una tenencia en la policía hallándome agregado al servicio particular de la gran Catalina.

Jacobo de Villanueva hizo una mueca muy expresiva.

— Mal servicio es ese, señor mío, — dijo — y situación muy especial la vuestra que ningún hombre de corazón puede ambicionar. Seguid en pie, porque no puedo tolerar que un agente del Prevostazgo se sienta en mi presencia, y explicadme brevemente lo que motiva vuestra presencia en este sitio.

Sin inmutarse, como hombre acostumbrado á oírse cosas desagradables, el polizonte habló en estos términos :

— La reina madre me ha dicho : Ve á donde se encuentra Jacobo de Villanueva-Marsan y averigua si en el fondo de su corazón conserva animosidad contra su soberana. Creo que hice mal en cargar sobre él toda la responsabilidad de una desgracia de que no fué causa, luego de la batalla de San Denis, sin recordar su acrisolada lealtad por la realeza, y en encerrarlo, cegada por la cólera, desterrando al mismo tiempo á los suyos... Ve pues hacia ese mártir, amigo Gaspar, y ofrécele la paz en nombre mío. Libre será si consiente en olvidar lo pasado y en servirme. Y autorizado quedas tú, mi mensajero, para arrojarte á los pies del noble señor para que por tal acto comprenda él cuán sincero es mi arrepentimiento por mis injusticias para con él...

Gaspar Mouvette hincó entonces una rodilla en tierra, añadiendo :

— Obedezco pues á la reina, monseñor, y os demando gracia.

— ¡ Será posible ! — exclamó el preso, cuyas uñas se clavaban en el cuero de la butaca. — Muy vivo me parece el arrepentimiento de la viuda de Enrique II para ser tan tardío. Conociendo como conozco el carácter de esa mujer, este acto de humillación me sorprende, y por Dios vivo os ordeno que terminéis sin ambages. No es mujer Catalina que ofrezca ni dé nada sin pedir algo en cambio ; antes al contrario, si ofrece poco es para recibir mucho, y pareceme que en cambio de lo que dice concederme desea exigir de mi algo formidable... Hablad pronto ; sepa yo desde luego á qué atenerme.

El polizonte continuó siempre humilde :

— La gran Catalina es madre... su corazón se lacera viendo á su hijo bien amado entregándose á orgías debilitantes acompañado de jóvenes libertinos...

— ¡ Cómo ! ¿ El joven Carlitos ha cambiado de costumbres ? Porque antes estaba enamorado de la única Maria Touchet, y gustaba no poco de la caza que es diversión viril...

— Su majestad Carlos — dijo Mouvette con solemnidad — reposa en el panteón de la basílica de San Dionisio.

La sorpresa del marqués al oír estas palabras fué muy grande.

— ¡ El rey ha muerto ! — dijo.

— Sí, monseñor ; murió hace unos tres años, en la Cámara real de Vincennes...

— ¡ Aquí ! ¿ Dos pisos más abajo de éste, y yo sin saberlo ! Claro ; como que vivo en una universidad de nuevo león

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— De la que podréis salir en cuanto queráis, señor marqués.

— ¿Quién reina ahora? — preguntó el preso, quien sin esperar la contestación siguió diciendo — aunque ya me lo figuro. Habéis dicho hablando del rey « su hijo bien amado » y el preferido de Catalina era el duque de Anjou.

— Coronado con el nombre de Enrique III.

— Ahora comprendo; el duque tenía aficiones... extrañas. Pero en fin, es rey, y los súbditos leales deben ignorar las debilidades del hombre á quien Dios concede la gracia de reinar. Si su majestad corre algún peligro y la reina madre ha pensado en mí para evitarlo, eso tendré que agradecerle, pues es el mayor honor que puede hacerme. Dispuesto estoy pues á olvidar las frases amargas que al referirme á ella he pronunciado, como lo estoy á no recordar más que una cosa: que ha tenido la generosa idea de devolverme mi espada para que la ponga al servicio de mi rey.

Con cierto embarazo mal disimulado, el polizonte hizo observar al marqués:

— Segura estaba la reina de que obtendría vuestro concurso en esta circunstancia, señor marqués; sin embargo, he de deciros que para obtener lo que ella se propone, la espada sería más bien un estorbo que un poderoso auxiliar.

— Pero los conspiradores...

— ¡Bah! Más temible es un amigo que un enemigo, sobre todo cuando el amigo hace uso para sí del veneno que no tiene inconveniente en verter; y su majestad el

rey, preciso es confesarlo, se halla rodeado de parásitos de esta especie. Los miñones del rey, — así les llama el pueblo — forman en torno de Enrique III una verdadera falange de jovenzuelos perfumados que se entregan á vicios que la moral repugna como contrarios á la naturaleza, y que evitan el trato con las damas...

— ¡Qué abominación!

— Eso precisamente es lo que ha pensado la gran Catalina, que era una abominación para combatir, la cual cree que lo mejor sería que el rey repudiase á sus miñones...

— ¡Un hombre repudiando otros hombres!... ¡Pero eso es horrible!

— Fórmula extravagante sin duda, monseñor, pero la única que puede ser empleada. Fijaos bien: el rey está celoso de sus miñones; si éstos se casan, los llorará como se llora la traición de la mujer amada que nos es infiel y no querrá verlos más. De modo que, comprendiéndolo así, la reina madre pretende realizar esos casamientos y llegar por ellos á la curación de su hijo.

Jacobo de Villanueva estaba asombrado, y preguntábase si era cierto lo que oía; el rubor enrojecía su frente y hallábase como anonadado por lo que de cínico tenía aquella vergonzosa exposición. ¿Cómo habían podido implantarse en la corte costumbres tan depravadas? ¿Cómo sobre todo se pedía su concurso para algo que no era precisamente para combatir? No sabiendo qué responder abrió los brazos, gesto significativo que equivalía á decir: « ¿Qué puedo yo hacer en todo eso? »

Así lo comprendió Gaspar Mouvette, que continuó diciendo :

— Todos esos jóvenes son de ilustre prosapia, señor marqués. El más noble de todos ellos, el más cargado de honores es con seguridad monseñor Rolando, conde de Armañac y duque de Saboya-Nemours.

— ¿Rolando? — pensó el marqués. — ¿Quiere eso decir que mi tocayo Jacobo ha tenido otro hijo, y que su primogénito Bernardo ha muerto? ¡Todo es misterio y tinieblas en este complicado asunto! — Luego, en voz alta, contestó :

— Yo conocí mucho al padre de ese joven; un imprudente, pero un gran corazón. Fué el mejor de mis amigos. ¿Cómo su hijo ha podido degradarse hasta ese punto?

— Monseñor, el joven conde de Armañac demostrará la lealtad que para la real familia no tuvo su valeroso padre; pero permitidme que os dé ahora una noticia que ha de regocijaros sin duda. Contando de antemano con vuestra aprobación, la reina madre ha levantado el destierro de la señora marquesa de Villanueva-Marsan y de su noble hija, las cuales llegarán esta noche á París.

Algo así como un calofrío, un estremecimiento doloroso, agitó el cuerpo del prisionero. Hubiérase dicho que comenzaba á presentir que se le tendía un lazo.

— ¡María! ¡Solange! ¡Mis dos amores! — murmuró en voz baja. Y luego, dirigiéndose al mensajero :

— Dejemos á esas personas respetables y respe-

tadas. Os prohibo que habléis de ellas sea para lo que fuere...

— Pero es que la reina madre...

— ¿Qué?

— Ha escogido á la señorita de Villanueva...

— ¡Mi hija!

— Para el... para la... en fin, para sus proyectos, — dijo precipitadamente el policía, — y creía obtener vuestro permiso para casarla con el señor de Nemours; — terminó asustado reparando en la lividez que al oírle había tomado el semblante del marqués.

— ¡Miserable! — rugió éste rechazándole con tal vigor que Mouvette cayó de espalda sobre un montón de retortas que se hicieron añicos. Levantóse con pena, y tuvo sin embargo valor para preguntar :

— ¿El señor marqués rehusa?

Dominábale el noble con su elevada estatura.

— ¡Ni una palabra más ó te aplasto! — le dijo fruncido el entrecejo y los ojos llameantes. — Ni una palabra más, lacayo de la mujer más aborrecible que ha manchado con su presencia el trono de Francia. ¡Y yo que iba á creer en el arrepentimiento de esa furia de Italia, oprobio y vergüenza de la humanidad; de esa digna compatriota de los Borgia!... ¡Qué candidez la mía! Esa mujer quería mi hija ¡mi hija! para arrojarla en los brazos de un usurpador desvergonzado, de una cortesana macho, de un bribón podrido de vicios... Si es que aun te resta un adarme de energía, servil bellaco, anda y vuelve junto á tu soberana del infierno, donde la esperan sin duda, y dile de mi parte

estas palabras : « El señor de Villanueva rehusa la libertad que le ofrecéis ; él se la tomará por sí mismo para defender á su hija contra vuestros indignos propósitos. » Nada más. ¡ Anda ! Ve te digo. Con ó sin el consentimiento de Catalina, yo, marqués de Villanueva estaré libre antes de cuarenta y ocho horas ; ¡ lo juro !...

— ¿ Habéis llamado, señor ? — preguntó Pedro Mirot abriendo la puerta.

El digno carcelero llegaba con oportunidad. ¿ Había escuchado y oído ?

Al trasponer el umbral de la puerta, Gaspar Mouvette se volvió para disparar este dardo envenenado :

— Vos no saldréis de aquí, monseñor, y vuestra hija será la esposa del gran favorito.

El marqués se dejó caer en su asiento, ocultando el rostro entre sus manos. En cambio el mensajero frotábase las manos al bajar la escalera del castillo, y murmuraba para su colete :

— Creí que la cosa sería más difícil... Estos grandes señores son inocentes como corderos. El que queda ahí hará punto por punto lo que me propuse que hiciera... Ahora encontrará mi daga y se servirá de ella durante la ausencia de Mirot, invitado por encargo mío á un bautizo en Vaugirard... Ahora se trata de que Pielnegra acuda á la casa de las Miñonas y una vez allí meterle el miedo en el cuerpo para que se encargue de terminar este asunto lo mejor posible.

El lector conoce ya lo que se trató en el estableci-

miento de la Pulpa entre Gaspar Mouvette y el ayudante de atormentador, y sabe además cómo este último, reducido á la obediencia, fué á buscar sus futuros cómplices en el domicilio de Ripaudier, duque de Egipto, en el callejón del Paraiso.